

EL MANANTIAL LATENTE

Vicente Quirarte*

Ernesto Lumberras y Hernán Bravo Varela hallaron en un verso de Cernuda el emblema de su aventura: *El manantial latente* podría parecer en principio un título retórico. Inserto en el cuerpo del poema "A un poeta futuro", y como epígrafe de esta *muestra de poesía mexicana desde el ahora*, justifica una primera y propositiva lectura: para que el agua pueda fluir con palpitación ininterrumpida, es necesario el cambio de las generaciones, la aparición del otro que renueve las palabras de la tribu, aunque para llevar a cabo semejante hazaña deba cuestionar y, de ser preciso, destruir al demiurgo cuyas hechicerías han cumplido su ciclo y, por tanto, son dañinas para la colectividad. Algunas de sus fórmulas se convertirán en patrimonio histórico. Otras deberán desaparecer para que el nuevo iniciado lleve a cabo la *magia menor* que le corresponde.

Con semejante tesis, nuestros dos poetas han reunido el aquí y el ahora de 38 autores mexicanos. Como continuación de esa bitácora, Lumberras ofrece en esta entrega de *Universidad de México* a diez autores y una coda. Las siguientes líneas son algunas meditaciones sobre *El manantial latente*, que también pueden servir como marco para la aventura de los poetas que están modificando el horizonte de la lírica incluso más allá de nuestras fronteras.

Cada generación debe traducir para sí misma, decía Eliot. Igualmente, son los contemporáneos quienes mejor saben leer a sus contemporáneos, quienes detectan sus guiños, sus acertijos, sus trucos, sus obsesiones compartidas, pero también quienes mejor saben interpretar sus iluminaciones y su autenticidad. Existe un obstáculo inmediato, casi siempre imposible de salvar: la imposibilidad de reconocer y aceptar abiertamente el talento del otro. Por regla general, el criterio dominante en una antología es el de la cofradía fraterna o el del gusto. Los dos son arbitrarios. Los dos, igualmente válidos. Ernest-

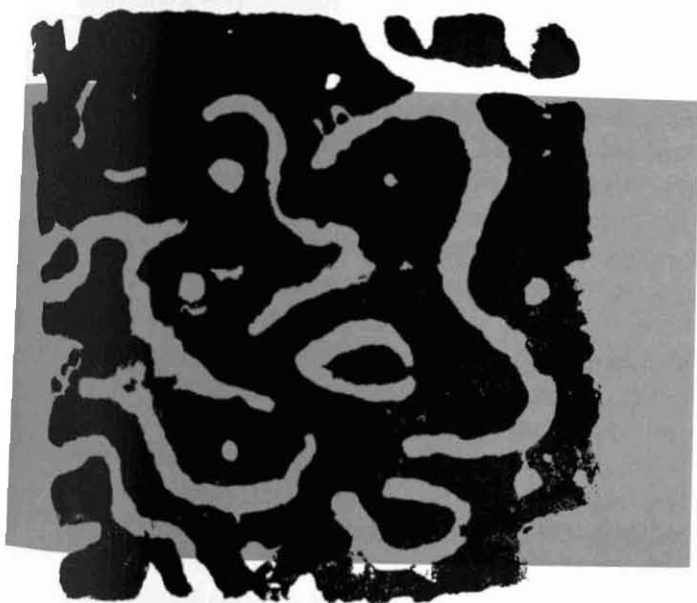
to Lumberras y Hernán Bravo Varela tienen una diferencia de edad de 13 años, pero tienen en común una devoción por la poesía que los ha llevado a un proyecto tan peligroso como necesario. En el prólogo al alimón, califican de maratónicas sus jornadas de lecturas, discusiones y sucesivas redacciones. Es pertinente la alusión a la carrera de resistencia. Lo que vemos en *El manantial latente* es un pelotón de corredores que, como todas las promociones artísticas, se acompañan y animan, se meten zancadillas, se admiran y se envidian, pero saben reconocer el milagro del que se desprende del grupo para consumir una victoria personal que es, sin retórica alguna, una victoria colectiva. El poema de impulso irreplicable, el libro que logra armarse como si hubiera nacido solo, aparecen en varios momentos de esta muestra donde nombrar a uno solo de los autores equivaldría a eclipsar el conjunto. Ya lo saben Hernán y Ernesto, con un lenguaje crítico sin concesiones y un espectro de lecturas que les permite trazar las coordenadas de la poesía que se escribe en México.

En *El manantial latente* no converso con mis amigos Ernesto y Hernán, sino me deslumbran la lucidez y la valentía de Lumberras y Bravo, que en los apellidos llevan sus cualidades. *El manantial latente* no es sólo una muestra y una antología, sino es también un libro histórico que sabe reconocer pero también cuestionar a sus antecesores. Su primera y admirable cualidad es que su protagonista es, más que los poetas, la poesía. No han claudicado ante el cautivador señuelo de quienes desean entronizarse como caudillos por cuestionables méritos que van más allá de la práctica absoluta y exigente de la poesía. Su selección, su estudio introductorio y sus apéndices son los signos de identidad de un joven árbol que sin embargo ya se encuentra *hondamente clavado en el corazón de la vida*.

Por su arquitectura, *El manantial latente* recuerda dos obras fundacionales: la *Antología de la poesía mexicana moderna* firmada por Jorge Cuesta y la *Antología de la poesía española* de Gerardo Diego. Los juicios críticos contenidos en la obra mexicana y

* Poeta y crítico literario. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y del Consejo Editorial de *Universidad de México*

las poéticas al frente de la muestra de los españoles son elementos fundamentales para comprender el estado de la lírica en aquellos años que volvieron a hacer de la aventura y el orden los extremos de su obsesión. Y si bien ambos elementos son inherentes a todo proceso de evolución artística, los poetas que comenzaron a publicar sus libros en los años ochenta han tenido la lucidez para distinguir entre la poesía de la experiencia y la experiencia de la poesía. No el inspirado sino el que inspira. No la erudición sino el conocimiento. No el yo pasajero sino el nosotros invisible, posible, deseable. Diferentes son las maneras de llegar a esas metas, pero, en un tiempo



de ruido y de barbarie, de significantes carentes de significados, es admirable la manera en que todos tienden a la búsqueda del silencio, a la rebeldía del solitario. En un texto dedicado a analizar la efervescencia poética de los años setenta, Jaime Moreno Villarreal comparó aquel instante con el descubrimiento que a mediados del siglo XIX se hizo del oro en California. Todo aventurero se sentía, por el hecho de emprender la aventura, un iluminado. En nombre de esa fe, la explotación de las minas trajo consigo riquezas inéditas que se agotaron casi inmediatamente y otras que el tiempo pulió con la paciencia que le es característica. Los nombres de esos leales gambusinos aparecen y reaparecen en estas páginas. Han desaparecido los de quienes sólo vieron en la poesía —lo cual no es del todo condenable— un fugaz ejercicio de Narciso. Desconfiados

y prudentes, los poetas de esta muestra han recorrido las vetas aparentemente agotadas por sus antecesores y han dado nueva vitalidad a la mina que parecía clausurada.

He tratado de evitar, en lo posible, la palabra "nueva" para denominar a los poetas incluidos en *El manantial latente*. Nuestros jóvenes maestros han dado nuevamente la lección al usar las palabras *latente* y *ahora*: el tiempo puede ser enemigo o aliado de esas dos apuestas. En 1999, Jorge Fernández Granados publicó en la revista *Viceversa* un ensayo decisivo para comprender a su generación, antecedente que Bravo y Lumbreras reconocen como fundamental. Con base en los puntos cardinales trazados por el poeta de *El arcángel ebrio*, el prólogo a *El manantial latente* hace una inteligente anatomía del animal generacional que está construyendo la poesía mexicana, uno de los escasos asideros verosímiles en un nuevo siglo de simulaciones.

"Cuando se encuentren en un autor reunidas estas tres cualidades: concisión, madurez, serenidad, celébrese una fiesta en medio del desierto. Pasará mucho tiempo antes de tenerse un placer semejante." Esta frase hiperbólica de Nietzsche fue utilizada en 1927 por Jorge Cuesta al final de la reseña publicada en la revista *Ulises* sobre *Reflejos*, primer libro de poemas de Xavier Villaurrutia. Me valgo de ella para aplicarla a *El manantial latente*. Los contemporáneos nos enseñaron a desconfiar de las palabras, y por eso construyeron una poesía tan sólida como los murales de José Clemente Orozco o la música de Carlos Chávez. La poesía que va de Jorge Fernández Granados a Juan Pablo Vasconcelos demuestra que esa difícil condición es una de las mejores realidades de nuestra cultura. En marzo de 2003, a través del teléfono, y desde una Bogotá destrozada por la violencia, pero cuyos jóvenes poetas afirman que la poesía no se vende porque no se vende, Darío Jaramillo Agudelo, tras la lectura de *El manantial latente*, ante el deslumbramiento provocado no por nombres que nada le decían, sino por la poesía, que le decía todo, exclamó con espontaneidad inevitable: "Este libro es ofensivo. Uno debería dejar esta vaina". Estoy de acuerdo con el juicio de nuestro amigo colombiano, pero lo matizo. Leer a los poetas de *El manantial latente*, ordenados, elegidos, cuestionados por Ernesto Lumbreras y Hernán Bravo Varela, nos invita a correr junto con ellos, a aprender de su zancada y de su ritmo, a sentir los pulmones renovados, a pesar del veneno y del olvido. ➤